

—6  
datario del Estado, con  
beres, entregaréis pa  
aquel Ciudadano que  
eligiera para sucederos  
íntima satisfacción de  
deber.

Ciudadano Goberna  
tados, de los cuales al  
res vuestros en la pas  
va, se complace por  
desde lo alto de este  
yes, la más viva y cor  
tro acierto y honrade  
os fué conferida.

os de  
der a  
rétaro  
lma la  
con el

Dipu  
orado-  
istrati-  
rigiros  
las le-  
or vues  
ón que

ER.

## DISCURSO

QUE

pronunció el Señor Catedrático de Filosofía del Derecho

**LIC. D. JUVENTINO GUERRA,**

la noche del 17 de Setiembre de 1884, con motivo de la solemne  
distribucion de premios verificada entre los alumnos del

Liceo Católico.



QUERÉTARO

QUERÉTARO.

TIPOGRAFIA DE GONZALEZ Y C<sup>a</sup>  
Santa Clara número 2.

1884.





FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

El Liceo Católico dió punto á sus tareas escolares con la solemne distribucion de premios verificada la noche del diez y siete del actual. Fundado hace apenas un año, sus resultados axcedieron con mucho á nuestras esperanzas y la vitalidad de que hoy goza seria capaz de causarnos asombro, si no abrigáramos el convencimiento de que la mano de Dios lo protege visiblemente. Sin elementos en lo humano y solo con la buena voluntad de varios profesores, cuya abnegacion y desinteres nunca serán ponderados como corresponde, estuvieron constantemente abiertas diez y nueve cátedras, en las cuales adquirieron los alumnos conocimientos apreciados debidamente por la culta sociedad de esta capital. Se mejoró el edificio, está para concluirse un salon destinado á los aparatos de gimnasia, se dotó la clase de química, se compraron dos pianos para la de música y se ejecutaron algunas otras obras importantes. Sea Dios por ello bendito.

Para el año próximo contarémos con un gabinete de física á efecto de que las lecciones en esta materia sean tan fructuosas como es de desearse, y poco á poco irémos mejorando el Instituto hasta colocarlo á la altura que reclaman los adelantos de la época.

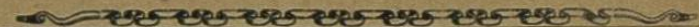
En el acto solemne de que hicimos mérito al principio, el Sr. Lic. Don Juventino Guerra, profesor de Filosofía del Derecho, pronunció el discurso que creémos oportuno publicar, persuadidos, como lo estamos, de que ha de producir algun bien.

El veintitres del entrante se abrirá de nuevo el Colegio y las matriculas se recibirán desde el dia ocho.

Querétaro, 30 de Setiembre de 1884.

*Florencio Rosas.*

*Juan Gonzalez.*



ILMO. SEÑOR.

SEÑOR GOBERNADOR.

SEÑORES.

**H**O es una solemnidad política, una de las estrepitosas solemnidades de que tan pródiga se muestra la época actual, la que nos reúne en estos momentos que traen á la memoria reminiscencias gratísimas y endulzan el corazón con el sabroso dejo de las pasadas fruiciones. Es una pequeña fiesta sin aparato y sin ruido, sencilla como la verdad, franca, cordial y expansiva como la juventud que es su objeto. Acaso, si no fuera así, ¿podría justificarse en esta tribuna, la presencia de quien como yo, desconoce, las notas musicales de la palabra, las concertadas cadencias del lenguaje, las brillantes armonías y los arrobadores trinos de la elocuencia? ¿Encontraría disculpa mi atrevimiento?

Señores: Las envidiables dotes oratorias me faltan; pero, por fortuna para mí, no voy á hablar en alguna de las asambleas del

gran mundo, donde se exige ante todo la brillantez de la forma, donde la púdica desnudez de la verdad causa espanto y donde se honra al error si se atavía con magnificencia. Me dirijo á personas forzosamente benévolas porque participan de mis ideas y comparten mis sentimientos, á jóvenes entusiastas, como entusiastas ardientes y como ardientes bondadosos. Hablo en el seno de la amistad cariñosa, al suavísimo calor de bienhechores recuerdos y al influjo tutelar de inspiraciones bien rectas. No esperéis un discurso: ¿quien soy yo para tanto? Trátase de una espansion en familia, íntima y secreta, provocada por el deber y movida por mi conciencia. Así y todo, os hablaré de un asunto importantísimo y trascendente, mas trascendente, sin duda, que los que ocupan de ordinario á los modernos cuerpos deliberantes y os hablaré con el valor que causa siempre la proximidad del peligro.

Grave, muy grave es la crisis porque atraviesa el mundo. Sus antiguas dolencias se exacerban: nuevos y profundísimos males vienen á herirlo todos los dias, depositando en su seno el virus corrosivo que lo compenetra y lo envuelve. Echa á andar y se extravía en el complicado laberinto de sus estrechos senderos. Se afana por salir, pero en vano: se halla sin luz en sus ojos, sin claridad en sus horizontes. Agítase en convulsivo movimiento, y como si estuviera tomado por una especie de vértigo, loco y fuera de sí, dá grandes pasos y se encamina al abismo. Si quiere descansar agobiado por fatigas tan indecibles, su reposo es igual á la parálisis de la muerte, su quietud al silencio aterrador de la tumba. Dirigid conmigo sobre él una ojeada rapidísima y os convencereis de que no exagero.

¿Qué descubre la vista ménos perspicaz en el fondo de nuestras sociedades modernas? indiferencia profunda, egoismo glacial, fiebre delirante por la riqueza en todas sus formas, por el goce material en todas sus manifestaciones. Rotos los lazos de la unidad en la ciencia, una teoria sucede á otra nueva con

rapidez asombrosa y acábase al fin por no prestar ascenso á ninguna. Desconocido el amor del hombre por el hombre, con sus goces tan suaves como los perfumes del campo, una ambicion solo cede á otra mas poderosa ó mas fuerte, y así, Señores, como dice un elegantísimo escritor español, las teorías se multiplican y las ambiciones se desbordan, dejándonos, agrego yo, como fruto, la soberbia y la vanidad, la pereza y la intemperancia, la locura y la insensatez, el vicio en toda la repugnante variedad de sus formas. Perdidas las aspiraciones á lo infinito, título elocuente de nuestra dignidad y oculto sello de nuestra grandeza, nos basta para nuestra dicha recoger un puñado de oro ó escalar un empleo, vestir á la moda ó danzar con elegancia, hundirnos en el cieno ó apurar con avidez el fugitivo placer de un dia. Nos satisface como triunfo pronunciar cuatro palabras pomposas, siquiera sea sin sentido, ó sorprender por acaso un hecho raro, un fenómeno curioso, una ventajosa aplicacion de las fuerzas, cuando la causa primitiva del portento se nos oculta y no alcanzamos á ver su relacion trascendente.

Hoy se tiene por sabio al que mas pregona en todos los tonos su vanidad ignorante; como hábil político al que miente mejor y se sobrepone á los otros, sean cuales fueren los medios: en cuanto al diplomático, sigue el mismo sistema aunque en escala mas alta.

El éxito es el dios del siglo y ante él se prosternan con resignacion vergonzosa los individuos y los pueblos: el sacrosanto principio de la justicia se mira con desdén como la expresion de la impotencia ó el refugio de la debilidad.

La vida de las naciones descansa toda entera en el equilibrio de los intereses y . . . un simple giron de tierra, una alza en la riqueza vecina, negocios afortunados ó aumento en el efectivo de los ejércitos permanentes determinan con la guerra, el incendio, la desolacion y la muerte.

El poder que nació de la intriga se arraiga con la fuerza y la sumisión es menos el resultado de una obediencia racional, mejor debe decirse, cristiana, que de una indolente apatía y una profunda ignominia. Seguid analizando, Señores, y encontrareis en el hogar, planta y modelo de la sociedad primitiva, no la felicidad sonriendo bienhechora, sino la desgracia fatídicamente sentada sobre las augustas ruinas de la familia. Y el hombre, saturándose con la atmósfera pestilencial de su tiempo y de su siglo, corre desatentado y loco en pos del abyecto placer que lo envilece, y roba sin pudor, y mata á sus hermanos, y ultraja á la mujer, y prostituye á los niños, y se revuela en el fango.

Para qué mas, Señores? Tan numerosos escombros bastan para hundirnos y sofocarnos con su enormísimo peso. El mundo moral se extremece en convulsiones dolorisísimas y al presenciar tamaña catástrofe, con el astrónomo ilustre á quien Atenas colocó en el Aréopago y Roma en los altares, pudieramos repetir por una razón de identidad pavorosa: "O el Autor del mundo sufre, ó la máquina del Universo se desploma." Y ¿cómo no ha de sufrir, si día por día se renueva el terrible drama que hizo palidecer á las estrellas, y puso sombras en el sol, y conmovió los espacios y conturbó los cielos!

¿Estarémos condenados á perecer sin remedio? Ah! no, Señores: el Lázaro del siglo decimonono puede romper sus ataduras mortuorias y renacer á la vida. Aquel que "*guarda con sus ojos la ciencia*" nos ha dejado sus enseñanzas y con ellas la posibilidad del milagro. *Querer es poder, cuando se quiere en el espíritu de la Omnipotencia misma.*

Para reconstruir un edificio es indispensable renovar los cimientos.

Las generaciones nacientes traen en su seno la salud que hace falta á nuestras sociedades enfermas. No permitamos que la juventud se contagie: cuidémosla como se cuida una planta

delicada de los ardores del sol y de los embates del viento. Demos á esa juventud generosa, no el falso brillo de la ciencia del día que enseña á dudar de todo, sino el vivísimo resplandor que lanza la filosofía del Angel de las escuelas. Porque debo decirlo, Señores: *solo la verdad católica es fecunda, solo la enseñanza que la toma por base satisface á la inteligencia y es capaz de regenerar á los pueblos.*

Para desarrollar esta tesis seria necesario un libro: yo debo limitarme á unas cuantas frases por no causaros fatiga.

Desde el principio de los siglos, dos escuelas han combatido en el mundo sin tregua ni descanso por el cetro de la Omnipotencia científica: la escuela pseudo-filosófica y la escuela teológica; la racionalista y la dogmática; la que sostiene como principio que basta la razón por sí sola para conocer todo género de verdades, y la que enseña que para elevarse á la esfera de los conocimientos supra-sensibles, es necesario el auxilio de una palabra de lo alto, de una revelación superior. La primera ha tomado mil matices y revestido mil formas, ha multiplicado sus contradictorios sistemas en número inenarrable, desde las enseñanzas materialistas de Zenon y de Epicuro, hasta el materialismo desesperante de Cabanis y Littré; desde la duda categórica de Pirron, hasta la metódica de Descartes; desde el idealismo platónico, hasta las abstrusas nebulosidades de la Alemania del Norte; desde el experimentalismo inductivo de Aristóteles, hasta el positivismo de Mill; desde el "eritis sicut dii" de la serpiente, hasta la indecible blasfemia que ha salido de la boca de M. Prondhom: la segunda ha permanecido idéntica é inalterable, como que procede del Ser que no conoce mudanzas. Ahora bien, Señores: probar que el filosofismo, sea cual fuere su forma, no puede satisfacer á la inteligencia, es probar por el mismo hecho que ella solo se satisface con la verdad revelada, y quien dice revelada, dice católica.

El talento gigantesco de San Agustín nos ha dejado de la ver-

dad una definición tan hermosa como profunda: "La verdad es *lo que es*," es decir, lo que existe por sí mismo, porque solo lo que tiene existencia por sí, cuenta con la plenitud del ser. Así pues, la verdad para serlo, debe ser increada. Síguese de aquí que debe ser una; ora porque la pluralidad agrega algo al ser y se opone á su plenitud, ora porque el órden exige, en todo linaje de ideas, la pre-existencia de la unidad. Tiene que ser inmutable, porque lo que está sujeto á cambios no es uno en todo su ser; infalible, porque lo que no cambia ni puede cambiar jamás, no puede inducir á error; fecunda, porque lo que es uno y existe por sí, es esencialmente activo y contiene en su seno poderosísima virtud generante.

¿Puede decirse, siquiera sea por divertimento, que los sistemas filosóficos, en la integridad de su doctrina, contienen así la verdad, una é increada, inmutable, infalible y fecunda? La respuesta brota de todos los labios: no contienen la verdad increada, porque en el laborioso tejido de sus deducciones absurdas, son parto del entendimiento del hombre y una causa limitada y finita no es capaz de producir un efecto infinito, sin límites en el espacio, sin límites en el tiempo: no la contienen una é inmutable, porque son múltiples y cambian y se trasforman y mudan año por año y día por día: la historia dilatada de sus mutaciones y cambios así lo confirma sin que haya lugar á duda: no infalible, porque: ¿quien puede creer en lo que es hoy y mañana desaparece? no fecunda, porque lo que lleva en su seno la muerte, es estéril con esterilidad absoluta. Sus engendros, si los hay, son fantasmas y sombras horripilantes.

Y sin embargo, Señores: solo con dotes tan altas, con cualidades tan eminentes, puede la inteligencia asentir á determinada proposición con asentimiento universal y perpetuo, puede descansar tranquila, puede gozar satisfecha. ¿Por qué? porque la unidad la atrae con atracción poderosísima é irresistible, lo inmutable la fija, la infalibilidad la subyuga, lo fecundo la en-

canta, la superioridad incontestable y reconocida de lo que existe por sí, la avasalla y la rinde con rendimiento absoluto y con omnímodo vasallaje.

¡Oh luz bellísima de los cielos, augusta verdad católica! Cuán hermosa te contemplo difundiendo vivísima claridad por los ámbitos de todos los mundos, por los espaciosos horizontes de la verdadera ciencia, por el Oceano infinito de la sabiduría increada que nadie ha explorado ni explorará jamás en la eternidad de los siglos. Ya no me maravilla que hayas atado con lazo de oro las sublimes inteligencias de los Agustinos y Pablos, de los Atanasios y Ambrosios, de los Crisóstomos y Bernandos, de Buenaventura y Tomas de Aquino, dándoles á la vez, alas tan poderosas como las del Condor atrevido para volar á regiones elevadísimas y á alturas inconmensurables. Y cómo no, si no hay una sola palabra de verdad que no proceda de tí, Verbo eterno que fecundizas el abismo de la metafísica trascendente, y que, tomando carne, diste razón de ser á la materia y á las ciencias que se ocupan en estudiarla. El hombre no ha sido capaz de crearte, porque de tí procede su existencia que tanto le enorgullece y el lenguaje de que se sirve para pronunciar blasfemias horrendas y concebir absurdos inesplicables.

Oh! vedla, Señores, atravesar las edades con serena magestad y portentosa soberanía. Una en Adán y en Moyses, en Salomon y David, en los Reyes de Judá y en los Profetas de Israel: en Jesucristo y sus enviados: en los Concilios y los Padres, en Pedro y sus sucesores.

Columna gigantesca, roca de solidez inquebrantable, ha resistido á las borrascas del huracán y á las tempestades del Oceano, inmutable y fija, luciendo en su cúspide el brillador fanal que disipa las tinieblas y enseña el puerto de salvación á los que se hallan próximos á perecer en el naufragio. Arbol de tronco secular y de prodigiosa hermosura, toca con su cima

los cielos y cubre bajo su sombra refrigerante los bosques y las florestas, los valles y las alturas: lleva su savia fecundadora á la última de sus ramas y produce frutos de variedad infinita, si bien unos, en el origen comun de la vida que los sustenta.

Una y fecunda, Señores, porque la unidad fecundiza y la fecundidad presupone la fuerza creatriz de lo que existe por sí, como si se dijera, de lo que es uno.

Los pertinaces enemigos de la verdad católica, queriendo convencerla de error y argüirla de impostura, han penetrado en las entrañas de la tierra y en los abismos del espacio sin límites, inquirido el secreto de la vida y estudiado al hombre en su origen, su antigüedad y su constitucion: no es otro el espíritu en que se inspiró el asombroso movimiento científico de los dos últimos siglos. Y ¿qué resultó Señores? que la fuerza misteriosa que calladamente obra en ellos y está en ellos, los llevó como de la mano á demostrarla y robustecerla cuando deseaban destruirla: que los estudios geológicos, paleontológicos y astronómicos, que los minuciosos experimentos biológicos y las audaces tentativas de la antropología tripartita, han venido á servir, no solo para confirmar la exactitud del divino testo, sino para convencer de que la verdad es una en todos los órdenes del saber y en todas las conclusiones de la ciencia. Numerosos y variados ataques hicieron necesaria la multiplicacion de los medios de defensa patentizando la fecundidad de la doctrina combatida y el idéntico resultado de los estudios científicos patentizó su unidad que siempre llenó de asombro á las inteligencias privilegiadas. Y véase aquí por qué la verdad del catolicismo, segura de su fuerza, ni condena los importantes adelantos de la época, ni rechaza las disquisiciones de los sabios: cuantas leyes logre establecer el astrónomo, cuantas verdades descubrir el naturalista, cuantos inventos el industrial y el mecánico, cuantos cálculos trascendentales el matemático;

en suma, cuanto de sólido y verdadero consigan fijar las ciencias, tanto es de ella y tanto le pertenece, porque ni podrá destruir una sola de sus enseñanzas supremas, ni dejará de estar contenido, como en su gérmen, en el poderoso Verbo que la sostiene y la apoya. Estúdiense cuanto se quiera, los astros y sus leyes, la tierra y sus capas, los cuerpos y su composicion, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño: visitense las regiones mas ocultas al humano saber, la doctrina católica ni se preocupa ni se alarma; antes bien, envia sus sabios como Remusat y Cuvier, como Secchi y Moigno al frente de la pléyade ilustre, de la investigadora falange. Y ¿qué motivaría su preocupacion, cuando sabe que su libro sagrado revela las verdades ocultas y se anticipa á los descubrimientos? Mucho antes que Copérnico, Torricelli y Lavoisier nos hablasen del movimiento de la tierra, de la redondez de su forma y del peso del aire que la circunda, el varon justo de Idumea pregonaba estas verdades, como si fueran para él, en alto grado sencillas. "*Qui commovet terram de loco suo.*" "*Circuivi terram*" "*Qui fecit ventis pondus.*" Mucho antes de que los geólogos nos señalaran el órden de las capas terrestres, Moyses, el primer historiador de los siglos, lo tenia señalado con absoluta precision y con exactitud rigurosa. Nos cuenta que fueron separadas las aguas "*quae erant sub firmamento*" que estaban debajo del firmamento, de las que estaban encima "*ab his quae erant super firmamentum*" y con ello nos revela bien claro la identidad de la materia que compone los astros, genérica conclusion á que han llegado los asombrosos portentos del análisis espectral. El sabio Rey que calificó de vanidad la sabiduria de los hombres, nombra los polos del esferóide terrestre: "*Cardines orbis terrae*" y conoció primero que Laplace y que Newton las leyes de la atraccion universal y el movimiento giratorio de las inmensas moles diseminadas en el espacio. ¿A dónde voy, Señores? casi no hay una sola verdad, un solo descubrimiento de

los que causan el orgullo de la época que no se revele con claridad, ó por lo menos se indique, en la palabra santa de Aquel que preside á todas las ciencias. Consagrémonos á su estudio con ardor anhelante; pero cuidemos de colocarlas en la gerarquía que les corresponde, en el órden que la naturaleza misma les fija: el espíritu antes que la materia, el principio antes que el fin, el fin antes que los medios: no salvémos la escala de subordinación, no alterémos ese órden y en lugar de recojer las diminutas migajas del maná de la inteligencia, gustarémos con delicia el pan entero de la verdad, una é increada, inmutable, infalible y soberanamente fecunda.

Señores: La verdad en el entendimiento es el bien en la voluntad y la justicia en la acción. Dadme hombres que sigan, sin desviarse, los senderos de lo verdadero y os formaré pueblos felices, que á la sombra de la libertad y protegidos por el derecho, recorran las anchas vías de la civilización y de los adelantos legítimos. La suerte de las sociedades depende, á no dudarlo, de su constitución íntima, es decir, de los hábitos y las costumbres, de las inclinaciones y tendencias, de las ideas y de los principios que dominan en los individuos que las forman. A principios verdaderos corresponden hábitos rectos, á ideas exactas, costumbres moralizadas. Por el contrario: á ideas y principios disolventes y anárquicos, hábitos y costumbres de disolución y de muerte. Si Dios es un mito y el alma una preocupación: si la materia lo es todo y el espíritu nada, luego al punto el desenfreno y la insensatez, la sensualidad y el impudor ocuparán la superficie del globo infiltrándose á manera de ponzoña letal en el corazón de los pueblos. Si se echan por tierra los fundamentos solidísimos en que se basa la propiedad y se sostiene el derecho, la rapiña y el robo, la fuerza y la tiranía, presentarán desde luego sus títulos de legitimidad al examen de los sabios y á la consideración de las gentes. Si la santidad del matrimonio se desconoce ó menosprecia, los despojos

venerables de la familia irán lejos, muy lejos á producir mortíferos frutos y funestísimos resultados en el seno de la sociedad civil y en el seno de las naciones. Agrupamiento informe de individuos engendrados por el accidente ó el capricho y sostenidos por el egoísmo ó por el interés ¿dónde buscar las raíces de la ciudadanía, dónde los sentimientos heroicos del patriotismo, la abnegación y la virtud? El niño perderá la corona resplandeciente de su inocencia y su candor: la muger, las fragantes azucenas de su castidad y las encendidas rosas de su amor como esposa y como madre: el hombre, los restos miserables de su dignidad y de su fuerza en las impuras saturnales de la prostitución y del vicio.

Sin formar muchas frases, porque el tiempo corre y noto que el cansancio se apodera ya de vosotros ¿cuál ha sido el elemento que sirvió para regenerar á las antiguas sociedades paganas? ¿De qué fuente ha nacido el principio moralizador y fecundo que dignificó al hombre aboliendo la esclavitud, que santificó á la muger é hizo al niño objeto de tierna solicitud y de amoroso cuidado? En dónde hemos aprendido á conocer el origen verdadero de la autoridad, las bases racionales de la obediencia, el respeto á los derechos de todos, la soberanía de los Estados y esa misteriosa relación que une todas estas cosas tan grandes y tan santas y las encamina y ordena á un fin mucho más alto que los transitorios goces de la opulencia? Ah! Señores: solo la verdad católica ha podido ilustrarnos á propósito de asuntos tan importantes. Bajo su influjo poderoso se fundaron las escuelas y los liceos, las Academias y Universidades, centros magníficos de instrucción y de sabiduría que difundieron vivísima claridad por el mundo. Ella salvó los restos de la antigua civilización en los claustros, impulsó las ciencias y las artes, el comercio, la agricultura y la industria. Á su voz, los bosques impenetrables y delétéreos pantanos se convirtieron en regiones fércas y deliciosas, los mares enseñaron sus



rutas y los astros sus movimientos. A su voz, tomó vida la poderosa palanca del pensamiento que hoy sirve de vehiculo á la civilizacion de todos los paises y de todos los siglos. Habló y el derecho asentó sus bases rompiendo con estrépito pavoroso los lazos y las cadenas. La muger vino á ser reina y se sentó en el hogar alcanzando, con la ternura de sus sentimientos y la pureza de su oracion, la paz de la familia, la reforma de las costumbres y la felicidad del Estado. He aquí por qué, la verdad católica satisfaciendo á las inteligencias, es la única que contiene el principio de la completa regeneracion de los pueblos.

Ella es la que debe presidir á la educacion de los jóvenes, si se quiere darles un guia seguro que los acompañe á visitar todas las regiones del saber y todos los órdenes de la ciencia, si se desea preservarlos del contagio de la época, formar hombres sabios, patriotas y virtuosos y salvar á nuestra querida patria de los tremendos males que la amenazan, especialmente hoy que, dada la facilidad de las comunicaciones, la República vecina se apresura á traernos, con la prosperidad del comercio y los adelantos de la materia, la desoladora division de las creencias. Si no me equivoco, tal es la idea á que debe su establecimiento el humilde plantel cuyos primeros trabajos concluyen en esta noche. Un hombre recto, un Sacerdote ejemplar que llora sobre las desgracias de su pais y de su siglo como los antiguos profetas sobre las desventuras de Sion, que pone el oido á las suavísimas inspiraciones del Dios de toda verdad, que inflamándose en el fuego de caridad ardentísima. . . . Escusadme, Señores, se encuentra entre nosotros y no me es permitido lastimar su modestia. . . . Decia que. . . . un Sacerdote virtuoso concibió el pensamiento de fundar el Liceo. Quiso Dios bendecirlo y la buena voluntad de varios profesores estimabilísimos fué el medio humano de que tuvo á bien servirse para su realizacion: en cuanto á mí, sobrecogido, asus-

tado por la grandeza de la obra, solo he podido allegar una piedrecilla ligera, un grano de arena del todo insignificante.

Jóvenes alumnos: fijas están en vosotros las esperanzas de la Religion y de la patria. Estudiad con aplicacion y con empeño perseverante. El trabajo es difícil, la senda escabrosa, la obra grande sobre toda ponderacion; pero tened entendido que solo vence quien combate y solo se galardona el vencimiento. Las emociones dulcísimas que esperentais en esta noche os servirán, no lo dudo, para animaros á redoblar vuestros esfuerzos.

He concluido, Señores. La atencion con que os habeis dignado escucharme es una honra inmerecida que no olvidaré jamás, y á la vez, un indicio seguro de vuestra benevolencia. Si os he fatigado dispensadme, teniendo en mira la importancia del asunto que á vuestra consideracion he procurado esponer. Feliz yo si he logrado producir el convencimiento en algun espíritu vacilante ó robustecer al menos la firmeza de vuestras creencias. Mas feliz aun, si he conseguido atraerme vuestra cooperacion, con algun hecho, con alguna palabra siquiera, para el adelanto de este plantel que encierra el porvenir del Estado de que sois hijos y acaso, acaso. . . . el porvenir de la patria.—Dije.